



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES SALVADOR MARTINEZ CUBELLS



Entre la pléyade ilustrada de pintores de valía el autor de *Inés de Castro* figura en primera línea,

y puede dormir tranquilo sin la horrible pesadilla de que pueda despertarle el látigo de la crítica.

SUMARIO

TRAYO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Mi confitera, por Fiacre Yeluzo.—A Irera, por José Estremera.—Los conspiradores, por José López Silva.—Pese nas sospechas, por Eduardo de Palacio.—La última lección, por Luis de Ansoa.—En las alturas, por Sinesio Delgado.—Semisaura, por Ramón Caballero.—A Dios rezando..., por J. Lozano de Utrera.—Chistes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Salvador Martínez Catalá.—Variedades.—Una honra para los por CHA.



¡Uf! ¡Los viajes!...

Parece mentira que haya personas aficionadas á emprender largas excursiones en ferrocarril.

Los coches, sobre ser incómodos, llegan estos días atestados de gente; el calor es sofocante; el polvo se nos mete por las ventanas de la nariz; nuestros compañeros de viaje nos pisan; los manjares de las fondas nos estropean el estómago...

En nuestro mismo coche viene una señora próxima á la putrefacción. Ha recorrido los principales balnearios de España en busca de la salud perdida, y este año estuvo en Mondariz en compañía de una perra, que salta sobre nuestras rodillas y se pone á escarbar, como si estuviese en el Campo del Moro.

—Celina—la dice su ama de cuando en cuando—lame á este caballero,

—No puedo consentir que se moieste—contesta el aludido.

—Quiero que vea V. su docilidad... Anda ¡reina del mundo! saca tú la lengüecita.

La perra dirige á la señora una mirada de infinita ternura y se pone á lamer á todos los viajeros, uno por uno, hasta que tropieza con un concejal de la Coruña, hombre brusco, sin fe religiosa ni limpieza personal, que al sentirse lamido suelta un terno, y quiere matar al animalito con una sombrerera.

Los demás viajeros conseguimos tranquilizarle, y á la señora le acomete un estremecimiento nervioso y comienza á herir la delicadeza del concejal, desatándose en improperios contra los municipios, hasta que llega el interventor y exige el billete de la perra con malos modos.

—¿Cómo?—grita la señora.—¿Un animalito que no pasa de los seis años, va á pagar billete entero como si fuera una persona mayor?

—No hay más remedio.

—¿Qué falta de consideración con las personas delicadas! ¡Qué abusos! Con todo esto va V. á lograr que me de el ataque. Póngame V. la mano en la frente; verá usted qué sudor y qué latidos...

Al fin se conmueve el empleado y exige tan sólo por la perra el importe de medio billete, considerándola niña de lanas.

Y en estas y las otras llegamos á León, donde hay cien viajeros esperando el tren para penetrar en los coches por asalto.

La señora se pone de pie delante de la portezuela, á fin de impedir la invasión, pero ellos no cejan en su propósito y atropellan todo lo existente.

Entre los recién llegados hay un comandante de carabinieri, que viaja con un saco de noche, dos sombreros, una escopeta de dos cañones y un manojo de sables atados con un cordel. La perra ve aquellos instrumentos mortíferos y comienza á ladrar como una loca.

—Aquí no hay sitio para todo ese equipaje—dice la señora estrechando á la perra contra su corazón.

—¿Que no?—contesta el militar sonriendo.

Y deja caer los bultos sobre el almohadón del coche; después se quita las botas, abre el saco de noche, saca

unas zapatillas peludas, que parecen dos orejas de elefante, y se las calza con la mayor tranquilidad, murmurando:

—¿Ve V. cómo hay sitio para todo?

—Sí, pero á costa de nuestra comodidad.

—Pues tome V. un reservado y así irá V. más ancha.

Detrás del comandante penetraron dos curas que parecen, mal comparados, dos sacos de carbón, y se sientan encima de la perra, haciéndola prorrumpir en sollozos agudos. Entonces sucede lo que no puede referirse: la señora pierde la calma y quiere arañar al clero; el concejal se subleva porque le ha pisado la señora en un juanete, y dice que va á tirar á todos por la ventanilla; rugen el comandante, desfilándose uno de los sacerdotes con el sombrero de teja; ocúltase el otro detrás del lio de los paraguas, y nosotros echamos mano de nuestra familia por temor de que nos la estropeen aquellas fieras.

Devuelta la calma á los espíritus, los viajeros buscan en el reposo la compensación de tantas amarguras, y uno de los presbíteros se echa á dormir encima de mi hombro, rozándome dulcemente la mejilla con la media docena de pelos que coronan su frente, mientras el otro saca un salchichón del tamaño de una escopeta y se pone á comer rajadas y á tararear el oficio de difuntos.

Cuando llegamos á Madrid queremos abrazar á un amigo que nos espera en la estación y las fuerzas nos faltan.

—¿Qué tienes?—nos pregunta.—¿Has perdido alguna otra cosa este año? ¿Vienes completo?

—Vengo asado á la parrilla.

—¿Cómo?

—¿Quieres conocer prácticamente el martirio de San Lorenzo? Pues haz un viajecito por la línea del Noroeste en compañía de dos sacerdotes.

*Todo está igual;
parece que fué ayer...*

Madrid está lo mismo que cuando le hemos dejado.

Sólo nuestro director ha abandonado las zapatillas del hombre libre y pecaminoso, para calzarse las pantuflas del cabeza de familia honesto y temeroso de Dios.

Sinesio ha contraído enlace con una discreta y simpática señorita, dando el último adiós á los placeres mundanos y á los chocolates de los establecimientos públicos. De hoy más los tomará en el comedor de su domicilio, hechos por su propia mano en la maquinilla casera, símbolo de la dicha conyugal y de los adelantos de los hojalateros nacionales.

Cilla, que ha quedado huérfano, como quien dice, va á imitar la conducta de su inseparable compañero, dando su mano á otra joven no menos discreta y distinguida.

En vista de todo esto nuestra misión queda reducida á dejarles solos, deseando al inspirado poeta y al hábil dibujante todo género de dichas, ahora y siempre.

LUIS TABOADA.

MI CONFITERA

«Conque tú quieras, Ginés, que te digu, por favor, á quién harás el amor desde principio de mes?»

La cuestión es peliaguda y he de ver al contestar si te puedo aconsejar y te saco de esa duda.

Si no has sido todavía novio de una confitera, no sabes lo que te espera si acaso llega ese día.

No te puedes figurar lo que ese amor suele ser, porque tiene esa mujer distinto modo de amar.

Yo, que tengo picardía, y que conozco la tela porque mi novia Manuela tiene una confitería,

te daré, ya que lo quieras, pormenores y detalles.

pero siempre que te calles estas cosas de mujeres.

Si buscas un amor puro ya no es esa la manera. Dedicarte á una estanquera y lo tendrás, de seguro.

Si en tí existe algún desvío, si no quieres con calor y buscas algún amor más indiferente y frío,

lo encontrarás cualquier día y se te vendrá á la mano como te hagas parroquiano de cualquier horchatería.

Pero si tu afán espera amores dulces y suaves, en tal caso, ya lo sabes, confitera... confitería.

¡Ya lo verás, Ginés, ya! No hay, chico, nada mejor, y con este nuevo amor ya verás qué bien te va.

Si ella te inspira bastante, estarás enamorado lo más *acarameelado* que puede estar un amante, y al verlo, amorosa y loca te obsequiará muy contenta con caramelos de menta colocados en su boca.

No dudes de lo que digo sólo porque no lo ves.

¡Al menos ella, eso es lo que suele hacer conmigo!

¿Y qué me dices de un beso dado de cierta manera?

¿Tú no sabes lo que es eso!

¡No sabes á lo que sabe!

¡Dios mío, lo que se nota!

¡Es una gándia en compota rodeada de jarabe!

Si exiges, como yo exijo, que te de un mechón, lo hará.

¡Ya verás cómo te da *cabello de angel*, de hijo.

Toma confianza pronto y no vaciles si temas.

Si te ofrece yemas, yemas. Tómala, no seas tonto.

Con eso es cosa segura que el genio se dulcifica, y después se habla á la chica con bastante más dulzura.

Yo cojo de las mejores.

Para eso soy decidido.

¡Las que yo me habré comido en once meses de amores!...

Mas no todo es alegría.

Si te he de hablar francamente, tiene un grave inconveniente lo de la confitería;

y es que allí al almacenar tanto dulce, ya se ve, hay una de moscas, que no me dejan respirar.

Por lo demás te irá bien.

Pasarás ratos felices... ¡pero ojo con las lombrices que yo las tuve también!

FIACRO YRÁVZOS

A IRENE

He sabido, Irene hermosa, que mientras tus amadores, ponderando tus primores te llaman «cara de rosa», cierto tulipán, que tiene á una rosa inmenso amor, para decirle una flor le dice «cara de Irene».

JOSÉ ESTREMEIRA.

LOS CONSPIRADORES

—Hola, ciudadano...
Hable usted más bajo.
¿Hay algo de *aquello*?
¡Pero mucho!
—¿Usted está armado?
—Ahora no.
—Bueno, pues ármese usted, porque el golpe se ha de dar á mediados de este mes, y no conviene que pase lo que pasó la otra vez.
—¿Caramba, y yo que he tenido necesidad de vender la carabinal!
—¿Sí?
—Claro;
para sacar el *chaquet* de invierno, que estaba ya casi á punto de vender.
—Bueno, Guarrete, no importa. En la calle de Amaniel tenemos cuarenta y tantos fusiles, y diez y seis cajones de municiones, conque no se apure usted. Lo que importa es tener ojo cuando se inicie el belén.
—¿Pero hay fecha ya?
—La fecha la fijará ese francés que viene con instrucciones secretas de don Manuel.
—¿Hombre!
Por lo menos, eso dicen en el Comité, y si lo dicen, motivos tendrán.
—Es de suponer. Lo que hace falta es que no se nos achique algún pez de los gordos, y la ensucie.
—Cá, hombre, cá, ríase usted de cuentos, habiendo *guite* todo Cristo campie bien, y en esta ocasión hay tela, pero de largo.
—¿Sí, eh?

—¡La mar! como que se dice que el Gabinete francés ha dado cuatro millones de pesetas para hacer la revolución.
—Con tal de que el ejército esté de nuestra parte...
—Pues claro; toma, si que don Manuel se chupa el dedo. Ya están compradas desde hace un mes las guaniciones de Cádiz, Barcelona, Santander, Valencia, Madrid, Logroño, Vicálvaro y Aranjuez, y además anoche fueron á ofrecerse al Comité un Teniente general, un teniente coronel, y diez sargentos segundos.
—¿Cuántos ha dicho usted?
—¡Diez!
—Entonces ahora colamos.
—Como dos y una son tres. Yo pongo el pescuezo.
—Y yo.
—¡Viva la...
—¡Christ!
—¿Sabe usted para qué quiero que llegue pronto el día del belén?
—Para colocarse.
—¿Quié?
¡Para cortarle la nuez á ese cochino de...
—Christ!... no la echemos á perder, Guarrete, que...
—Bueno, López.
—Y nada, ya sabe usted; cuando se quiera usted armar, á la calle de Amaniel.
—¿Número?
—Cincuenta y dos.
—¿Cuarto?
—Cuarto.
—Está muy bien. Nos armaremos, y luego...
—Luego á *manfear*... y á comer.
J. LÓPEZ SILVA.

PERSONAS SOSPECHOSAS

—Ninguna persona decente se retirará á su casa al amanecer.

Así me decía una señora muy conocida y muy ilustre por su posición social.

La manifesté mi gratitud en mi nombre y en el de mis cómplices en la prensa de la mañana, y, por cortesía, añadió la señora:

—Ustedes son excepción de la regla.

—Muchas gracias.

—Por más que yo no soy tan tonta que crea que para escribir en los papeles sea necesario trasnochar. ¿Qué ocurre en Madrid después de las dos de la madrugada, supongamos? Nada: algún crimen tenebroso.

—Es verdad—afirmé—pero á veces...

—¿Por qué no escriben ustedes de día y con sol?

—¿Y en los días nublados no?

—Que á todos los hombres—continuó la señora—les gusta huir del hogar paterno de su esposa, del canto nocturno de los niños.

—¿Y los que no usamos eso?

—¿Quién sabe?...
—¿Señora!
—Que ¡quién sabe dónde andarán ustedes en esas horas! Si el mío, vamos, mi tirano, volviera á casa después de cerrar el portero, no entraría. Verdad es que él no se ocupa en escribir periódicos.

—Lo creo, ¡dichoso él!

—Para trabajar de *momio*...

—¿Cómo de *momio*?

—Pero ustedes no trabajan por la patria? vamos, sin «estupendio».

—Sin eso, sí señora, pero no *gratuitamente*.

—¡Ah! ¿el gobierno paga á ustedes por eso?

—El gobierno nada tiene que ver con nosotros; ó, por lo menos, con varios entre nosotros.

—Qué, ¿cobran ustedes del material?

—¿Qué material, señora? Nos pagan las empresas respectivas.

—¿Y cuánto ganan ó cuánto cobran ustedes?

—El sueldo «varea»—respondí, procurando torcer el rumbo de la conversación, que molestaba á mi natural modestia; porque la señora, hablando de nosotros, los del oficio de periodista, reía ni más ni menos que si hablara de los clowns que amenizan los espectáculos de los circos ecuestrales.

—Si mi marido hubiera resultado de la prensa—me dijo la señora.—francamente, créame usted que ya me habría divorciado de él.

—Hubiera usted hecho muy bien.

—¿Había yo de sufrir que anduviese por las calles á esas horas? ¡Digo, y en este Madrid, inundado de criminales y de vagos!

—¡Y de periodistas! ¡Horrible, señora! Vivimos milagrosamente. Imagínese usted á Madrid á oscuras, á los guardias de vigilancia formando círculos no políticos, con los serenos colindantes y con tal cual serena. Entre nubes de polvo municipal se divisa, á la luz vacilante del farolillo del sereno, tal cual barrendero de esta muy heroica villa, el cual parece que barre con fuelle, ó que sopla más que barre, según el polvo que levanta.

—¡Ay! ¡qué panoramina!

—Y luego, al doblar cada esquina, sale un trabuco que con su preciosa boca murmura estas sentidas palabras:

—Caballero, ¿deje usted alguna cosita á este pobrecito huérfano!

—¿Y las autoridades?

—Buenas. En el dintel de cada puerta tropieza usted con un bulto.

—No, yo no; en mi vida he salido á esas horas, en buena idem lo diga.

—Es suposición y nada más; en cada puerta halla usted un bulto: es de un niño abandonado, ó de una madre con dos ó tres hijos, ó de un perro.

—¿Qué horror! ¿y no muerden?

—¿Quiénes? ¿los pobres ó los perros? No señora, no muerden porque están domesticados.

—¿Domesticados?

—Por el hambre: los niños no lloran para que no les obliguen los dependientes de la autoridad á emprender la marcha en dirección de una casa y de un hogar imaginarios. Los perros no ladran para que no les detengan por sospechosos de vagancia.

—¡Pobres animales!

—Es lo que yo digo, admirando la sensibilidad de usted: porque, al fin, los niños hablan y pueden decir, algunas veces, quiénes son sus padres; lo que no podrán revelar es las señas de su domicilio.

—Sufriendo hambre y frío...

—Las noches de verano son deliciosas al aire libre, y luego que los mangueros se embargan de regarlos para que no se entreguen al sueño, que en su falta de abrigo es como entregarse á la muerte. Está todo previsto con sano talento.

VARIEDADES



—Ya no queda un caballero que distinga á una señora y precisamente ahora que se me acaba el dinero! ¡Triste de mí! ¿Á quién le pido que me pague el reservado si aquí ya no se ha quedado nadie... más que mi marido?



Madrid pacífico.—Altas horas de la noche y primeras de la madrugada.



Tengo peor suerte que Nuestro Señor Jesucristo; él, siquiera, murió entre dos ladrones, pero yo tengo que andar entre dos imbécies.



—¿Te acuerdas de las cosas que inventábamos para que nos dejaran solos con Raimunda, que en paz descanse, y Dolores, que en paz descanse?



—Yo me marcho en el exprés mañana, porque he sabido que tu mamá ha decidido continuar aquí otro mes. Y yo no puedo parar, porque en la fonda, hace días, pido un plato de judías y no me le quieren dar!



Van al cante

Á las cuarenta horas.

Donde vá lo que zozobra.

—Eso es cruel.

—Hasta acostumbrarse. ¿Y el capítulo de los crimenes? y el de la flamenquería? En Madrid hay más flamencos que en Flandes. El señorito «menos pensado» resulta que se canta y se baila y se da «dos pataitas, ó se las dan, con mucha gracia y estilo. ¿Y las seducciones á que se ve el transeunte expuesto en ciertas horas?

—No continúe usted, por Dios, esa pintura—me dijo la señora atemorizada.

—Si en cualquier ocasión y lo que Dios no permita, se viera usted sola en las calles de Madrid, y en las altas horas, tiemble usted por su vida... ¡Cuántas personas sospechosas!

Transcurridos algunos meses, me decía la señora:

—¿Qué razón tenía usted? ¡Cómo está Madrid á ciertas horas!

—¿Qué, ¿se ha enterado usted?...

—Sí, señor; para nosotras la curiosidad es el peor enemigo. Una noche de esas en que mi esposo tuvo función de tarde y noche en el Congreso, salí con una criada y me dirigí al templo de la legislatura, para recoger á mi diputado.

—¡Yal!

—¿Y qué dirá usted que me ocurrió en el camino de casa al Congreso?

—Usted dirá.

—Pues que un joven natural del Casino, se empeñó en acompañarme y quería obsequiarnos.

—¿A usted y al esposo?

—No, á mí y á la chica. ¡Qué apurada me ví!

Y sin embargo, algún tiempo después me dijeron que andaba pensando en hacerse periodista por una temporada.

EDUARDO DE PALACIO

LA ÚLTIMA LECCIÓN

Mirando á su maestro Florentina con un afán que su pasión denota, sobre el teclado de marfil se inclina y busca en vano una rebelde nota. Y el maestro, un Tenorio que ya sabe lo que alcanza una música si es suave, y ha llenado en distintas ocasiones con palabras de amor los calderones; mira, también de su fortuna ufano, aquella maravilla tan completa, forjada en algún yunque soberano, que al agitarse inquieta arranca á la banqueta unas notas más dulces que al piano. Y—Estáis—dice á la niña—equivocada; colocáis mal la mano; es poco natural esa postura... Y al sentir en su piel casi abrasada la impresión que produce una hermosura que ajar aún no ha podido la experiencia, víctima al fin, de la ansiedad más loca, en un rincón del pensamiento toca una fúnebre marcha á la conciencia. Y como siempre en el amor hay prisa, pues el triunfo se esconde ante el retardo, y al hallar en el mundo una Eloisa todo hombre es de seguro un Atelardo; ya la cadena del respeto rota. —¿Me quieres?—él preguntó de repente, y ella inconscientemente le respondió que sí con una nota. Pero, al instante, presumiendo acaso que ceder de ese modo no es muy noble, empieza un paso doble, cual si quisiera así salir del paso. Y toca, y toca con soberbio empuje, sin compás ni armonía, y el instrumento se estremece y cruje, protestando de aquella algarabía. Mas sin ceder la joven en su empeño, su pulsación casi febril refuerza, buscando en los sonidos una fuerza que deshaga las sombras de aquel sueño. Va á pisar un pedal... pero el destino pone un pie del maestro en el camino, y ella contrae la frente, y como pierde al tropezar el tino, toca más lentamente... Y después de una escala rítmica y cadenciosa, cual si la hiciera un ángel con el ala, lanza un suspiro la mujer hermosa... y, en fin... el caso es llano.

desde aquel día, aunque al maestro espera con más afán que la época primera... ¡No se han vuelto á sentar ante el piano!

LUIS DE ANFORNA,

EN LAS ALTURAS

—¿Está San Pedro bendito?
—¿Quién es?

—Una pecadora que quiere saber la hora de hablar á Dios infinito.
—Pues San Pedro no está aquí; anda un poco constipado esta tarde, y me ha dejado en la portería á mí. Pero ocupó este banquillo con la misma autoridad del apóstol.

—¿De verdad?
¡pues es usted un chiquillo!

—No hay que fiarse en tamaños; soy serafín chiquitín...

—¿Conque es usted serafín?

Que sea por muchos años.

—Soy del coro, toco y canto.

Vea usted el arpa de oro.

—Pues yo también soy del coro

de los Bufos.

—¿Cielo santo!

¿Conque compañera?

—Sí.

Aunque indigna compañera.

—Pues es usted la primera

que ha venido por aquí.

—Porque yo he sido más lista

que las otras, y me he dicho:

«Puede que tenga el capricho

Dios de ponerme en la lista.»

—No es caprichoso el Señor;

y el que en pecado viniere

no entrará.

—Pero si Él quiere

puede hacerme ese favor.

—Pero no querrá.

—¿Por qué?

—Porque la justicia es antes.

¿Qué virtudes relevantes

son las que presenta usted?

—Pues... una voz que yo entiendo!

y un cuerpo que da la hora.

—¿No diga usted eso, señora,

que me está comprometiendo!

¡Aquí no hay voz ni hermosura que disculpe un enredijo!

—No se sofoque usted, hijo,

que le va á dar calentura.

¿Quiere usted que hable formal?

Hablaré. Yo he sido atroz,

porque sólo con la voz

se vive bastante mal.

Una gana doce reales,

si los gana, y eso que es

si la piden cada mes

unas botas imperiales?

Hay que aceptar pretendientes,

amar en broma y de veras,

y reventar calaveras

y desplumar inocentes...

Yo era buena y era honrada;

pero quise á un ciudadano

que cari pidió mi mano

y me jugó una trastada.

¡Pero superior!

—¿Sí, eh?

—Desapareció el maldito

dejándome un angelito

tan hermoso como usted.

¿Qué iba á hacer? Joven, hermosa...

triumfó de mala manera,

y porque el hijo viviera

la madre fué... cualquier cosa.

En la escena el relumbrón,

las mallas, el oropel...

y allá en la guardilla, aquel

pedazo del corazón.

¿Quién podía sospechar

que los mimos que vendía

me daban al otro día

paz y dicha en el hogar!

¿Que fué mala? En eso estamos;

pero Dios sabe mi historia.

Que Él me destine á la gloria

ó al infierno. Conque, vamos:

aquí ó allá, una de dos;

¿me deja usted entrar, ó qué?

—Compañera, pase usted,

¡que la ha perdonado Dios!

SINESIO DELGADO.

SEMI-SÁTIRA

Yo me quiero casar; pero no encuentro ni una sola mujer que me convenga; pues miradas por fuera y aun por dentro no toco en vifa que sin marra venga. Y aunque todas me sacan de mi centro le mando al corazón que se contenga; y en esta lucha, por demás graciosa, barrunto que me quedo sin esposa.

Horrible ó bella, pobretona ó rica, les hablo á todas en el mismo tono; y á la que al cabo en el anzuelo pica la engaño de palabra y la abandono; digo luego por ahí que es buena chica, con lo que humillo su naciente conono; y así, sin boda que del mal dé cuenta, me he casado en un año con sesenta.

Por encontrar el sér que me imagino diera de mi existencia el mejor rato; y si á este cambio me le da el destino confieso, con franqueza, que es barato. Hay quien juzga tremendo desatino romper la libertad del celibato; pero es más desatino estar soltero por mil razones, que decir no quiero.

Ha de ser la mujer con quien me casé, y de no ser así me llamo andana, muda y sencilla, sin que á tanta pase; alegre, y sorda á la intención liviana; ciega para el querer, sin que traspare de esa dulzura en amargor rayana... una Merlin de casa en los quehaceres; y fuera sin derechos ni deberes.

Con esta sola perfección me basta;

pero es inútil que buscarla quiera;
que aunque hay hembras cual uvas en banasta,
como la busco yo, ni una siquiera;
pase lo de discreta y lo de casta
mas no lo de humilde y placentera;
y como yo por su altivez no paso,
mientras no cambien ellas no me caso.

RAMÓN CABALLERO.

Á DIOS REZANDO....

—El pan nuestro de cada día,
dánoslo hoy.

Hoy, para dar un ejemplo
de que yo soy transigente,
he estado devotamente
con mi familia en el templo.
Con qué fervor ha rezado
mi buena y cristiana madre,
por la salud de mi padre
que está un poco delicado!

Varias personas estaban
rezando muy fervorosas
para obtener... ciertas cosas
de las que desconfiaban.

Una señora nos dijo
que está haciendo una novena,
para que Dios le dé buena
suerte en las quitas á un hijo;
y cierta mendiga habla
que me inspiró compasión.
¡Pedía con devoción
un premio de lotería!

Después á un amigo vi
que me dijo que rezaba
para que una á quien amaba
le contestara que sí.

Y entré varios estafermos
vi á un médico muy decente,
pidiendo devotamente
que hubiera muchos enfermos.

Vi también á Juana Toda
pedir con aire contrito
á San Antonio bendito,
un novio para *hacer bobas*,
y á la mujer del *Roñoso*
(conocido timador)
que pedía con fervor
negocios para su esposo.

Visto que con tal piedad,
salvo algunas excepciones,
se rezan las oraciones
por la generalidad,
sólo me ocurre decir
en la presente ocasión:
¿se reza por devoción
ó se reza por pedir?

JUAN LORENTE DE URRAZA.



El Dr. Dunay ha publicado en la *Revista científica* un artículo contando un caso de hipnotismo que da tres y raya á todos los habidos y por haber.

Parece que una actriz, influida por la sugestión hipnótica, representó admirablemente un papel que no sabía, con la particularidad de que el hipnotizador estaba en el preciso momento lejos de la *victima*.

Y esto se toma en serio... ¡Ríanse VV. ahora de nuestros antepasados que creían en brujas, hechicerías y cosas supersticiosas!

He visto saltar un hombre
por las tapias de mi huerta.
Por mi mujer no lo siento,
lo siento por las ciruelas.

—Mira, Antoñito, ¿te acuerdas de este caballero?
—Sí, papá.
—¿Sabes cómo se llama?
—Lucero.
—¡Hombre, por Dios, si se llama Bernardo!
—Pues mi mamá le llama lucero cuando tú no estás en casa.

Anastasio Cisneros
nació en Vitigudino,
y su primo Gabino
habita en Torrecilla de Cameros.
Y decía Anastasio á su costilla:
—Tenemos un pariente en Torrecilla.

Con motivo de la muerte del insigne actor D. Rafael Calvo, la musa de nuestros poetas (de esos poetas que se dedican á entierros, bodas y bautizos) se ha salido de madre.

¡Válgame Dios y cuántas vulgaridades han pasado del caletre á la prensa!
¡Por favor! ¡Dejen VV. en paz en su tumba al coloso, que bastantes versos malos tuvo que resistir en vida!

Un gato causó á Blasillo
un arañazo en la piel,
y él, por echarlas de pello,
dice que ha sido Isabel.

Al ir á abrazar á Rosa
resultó herido Torcuato,
y después dijo á su esposa:
—Debe de haber sido el gato.

Libros:
Guspar el maldito, poema de D. Angel Domínguez Guerra, en que el autor demuestra relevantes dotes de poeta.

El libro de las madres, interesante volumen publicado por la *Biblioteca andaluza*, utilísimo bajo todos conceptos, y escrito por el médico señor don Cándido Salas. Los consejos que contiene y las opiniones que sustenta deben ser conocidos de cuantos se interesan por la higiene de la infancia. Precio, 6 reales. Librería de Fé.

Grandes Almacenes de El Siglo (Barcelona). Catálogo ilustrado para la temporada de invierno de 1888-89. Folleto que demuestra una vez más que *El Siglo* sabe hacer bien las cosas.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. L. O. G.—Madrid.—De ahí á la memez no hay más que un paso, y se lo participo, por si acaso.

Sr. D. A. B.—Madrid.—No lo decía por lo que V. piensa ¡Dios me libre! sino porque *me sonaba* á conocido. Por eso no aseguré nada y me concreté á preguntarlo.

Un quino.—Pues no están mal. Veremos cuando vuelva V. con el canuto.

Sr. D. M. S.—Madrid.—Pero ¿es zarzuela ó juguete cómico? Porque necesito saberlo.

Modesto Ido Nito.—¡ma Mel Uco.

Sr. D. A. M.—Montilla.—Gracias, compañero, choque V.

Sr. D. M. F.—Granada.—¡Para eso conquistamos á Granada!

¡Para que usted hiciera esa bobada!

Sr. D. R. F.—Medina Sidonia.—Malejamente están hechos esos versos, compadre.

El gran chismoso.—Cumpro con dos líneas para que vea usted que agradezco su felicitación y que no se desaira por sistema.

Aprendiz.—¿De qué? Porque á los sonetos no debe V. dedicarse.

Sr. D. A. M.—Cádiz.—¡Horror! ¡Otro gaditano gracioso.

K. Laguala.—Pero ¿y qué quiere V. que le diga? ¿Está V. bueno? Me alegro. Vaya, adiós.

Sr. D. A. B.—Renedo.—¿Quiere V. una calificación justa? Pues bien: esos versos son malos, rematadamente malos.

Panzano.—Hombre, yo creo que le sentaría mal...

Sr. D. E. del V.—Tordesillas.—Muy bonita. Se publicará.

Sr. D. R. B.—Barcelona.—Gracias por sus ofrecimientos, que nos es imposible aceptar. Lea el anuncio de las colecciones.

Sr. D. R. S. D.—Corriente; se publicará. Yo preferí después el soneto; pero puesto que V. reclama sus derechos...

Sr. D. M. Z.—Zaragoza.—Sirve; venga la firma.

Sr. D. J. M.—Málaga.—Versifica V. como un cavador.

Revertis.—¡Cómo se ha de publicar eso, hombre!

Gracioso.—Basta que V. lo diga. Pero si no lo dijera V. no lo sabría nadie.

Sr. D. J. E.—Veracruz.—Sí, señor. Vea V. las condiciones en la última plana. Si desea ser corresponsal, á 10 céntimos de peseta cada ejemplar, llevando más de cincuenta.

Anad Nemed.—Eso es una bobada, y tiene la misma novedad que las coplas de Calainos. Aunque valiera no la publicaría por la forma inconveniente en que V. la remite.

Adela.—Unos sosos, otros picantillos... No crea V. eso que le han dicho. Aquí se hace siempre justicia.

P. Q.—Adolece de muchos defectos, hijos de la más encantadora inexperiencia.

El chino Tienk.—No; si no se arregla quitando versos, sino haciéndola nueva con el mismo asunto.

Sr. D. J. A.—Tiene V. razón; es difícil el arreglo. La nueva es excesivamente larga y difusa.

Muerto.—El número de los zánganos es infinitamente mayor que el de las estrellitas del cielo y las arenitas de la mar.

Srs. *Calígrafo*.—J. D.—Un *ortera* (asi, sin h para mayor ignominia).—E. A. R.—Sahara.—M. L.—P. N.—Zurdo.—K. R.—Las composiciones de Vds. son impublcables.

UNA HONRA PARA DOS



—Si tienes *dividaz* no púes menos de darle dos trompás á ese, porque nos está faltando con tu mujer... ¡pa que lo sepa!

ANUNCIOS

Lit. Espíritu-Santo, 18. Madrid

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—7 trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.— semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisiecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Fernánlez, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2 100

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

en la Exposición Universal de París de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Album de 50 cartulinas que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.